



Mientras la brisa del sur nos despabilaba en la mañana estival, dejábamos San Isidro a toda vela buscando ganar barlovento para achicar la distancia hacia nuestro destino. El Hannah Boden estaba a son de mar y su tripulación había llegado de diferentes latitudes para compartir este crucero. Alfredo y su primo Andrés viajaron desde Lobos, Germán lo hizo desde San Clemente, mientras que Tony y Gerónimo llegaron desde la zona Sur, habíamos cenado juntos la noche anterior como para ir conociéndonos antes de emprender el viaje. Con la ilusión de navegar nuestras aguas y para algunos de ellos obtener su bautismo de mar, propuse como meta Mar del Plata.

Dejando El Plata

Como sucede muy a menudo en nuestro estuario, para salir del río debíamos navegar en ceñida manteniéndonos cerca de la costa atentos y entretenidos reconociendo edificios, boyado, esquivando algún buque y compartiendo la charla con rondas de mate, así transcurrió

la mañana y pasado el mediodía alcanzamos el Puerto de la Plata con su rada plagada de buques anclados al borneo.



El viento se negó unos grados superando los 20 nudos de manera que achicando el trapo conseguíamos mantener una navegación confortable a buena velocidad, debíamos bordejar y a pesar de ello el ritmo era bueno permitiéndonos cruzar el meridiano de Atalaya a las tres de la tarde. Desde allí la costa es muy pareja y permite acercarse bastante sin descuidar la lectura en la ecosonda, si bien el relieve topográfico denomina puntas a cada uno de los hitos que fuimos superando como Punta Lara, Punta Blanca, Punta Atalaya, en realidad son apenas salientes que se insinúan en el contorno parabólico de esta parte de la costa.

Con la llegada del crepúsculo divisamos Punta Indio a lo lejos, lugar desde donde podríamos caer unos grados más al sur para con suerte alcanzar Punta Piedras de un solo borde. La cena

consistió en un abundante risoto de arroz con algunos vegetales que compartimos en cubierta descontinuoando unos instantes el sistema de guardias para compartir ese momento tan importante.

Con un cielo estrellado sobre nosotros buscábamos en el horizonte el Faro de Punta Piedras esperando ver su destello como una estrella fugaz, sin embargo esta vez nos tendríamos que guardar los deseos porque el Faro estaba apagado (actualmente encendido).



Esta señal fue instalada en ese sitio para alertar a los buques sobre la presencia de un bajo fondo que se extiende algunas millas y que en realidad no se trata de un lecho de piedras sino

de toscas, que para el caso son igualmente peligrosas.

El Faro de Punta Piedras entró en servicio en 1917, su aspecto es el de una torre troncopiramidal de hierro que en su origen estaba pintado a rayas blancas y anaranjadas, tiene luz blanca con un alcance de 15 millas. Este sería el primero de una serie de faros que debíamos pasar en nuestro recorrido y en navegación cada vez que alcanzamos una de estas señales es como cerrar un capítulo en un libro para comenzar el siguiente.

El Cabo San Antonio

Si bien la anhelada señal estaba apagada, muy cerca de Punta Piedras, el CONTRASE instaló una elevada antena con potentes luces rojas que son una excelente referencia en aquella parte sombría de la costa. Lentamente nos alejábamos del lugar internándonos en la Bahía de Samborombón, en busca del mar abierto acompañados con una media luna que asomaba remolona y nos miraba desde el cielo.

Quedo en cubierta la guardia de Alfredo, Andrés y Tony para esperar el amanecer navegando a toda vela con una brisa del sudoeste. Cuando desperté encontré al Hannah navegando un mar verde y espumoso bajo un sol radiante mientras Alfredo me acercaba un mate con los buenos días y Tony me ponía al tanto de las novedades, de seguir así para el mediodía tendríamos que avistar el Faro San Antonio en el extremo sur de la Bahía de Samborombón.

Observamos algunos pesqueros y aves marinas, el viento roto al oeste y al aproximarnos a la zona de bancos atravesamos una línea de cambio de agua claramente visible separando el agua dulce de la salada. Este fenómeno no siempre se ve tan notoriamente pero al acercarnos a la costa del Tuyú el agua se vuelve turbia nuevamente por el aporte de sedimentos que en su curso natural copia el contorno de la bahía, contribuyendo al constante movimiento de los bancos de la zona.





El faro de Puntales en el lado de Bahía San Agustín en escena la Costa Atlántica y contemplar la





